

Río subterráneo

Compañero de ruta

Claudia Guillén

Cuando se hace referencia al sujeto exótico en la literatura, se alude a una figura de la otredad que frecuentemente alcanza un matiz extraño, desconocido; en ocasiones se refiere a un personaje peligroso, aunque, en otras, el personaje puede dar pie a una atracción misteriosa. La literatura exótica se inserta en la tradición romántica y apela al mundo de la ficción y al espíritu de la aventura. El escritor francés Victor Segalen (1878-1919) es quien lleva a cabo un primer planteamiento del exotismo en su libro *Essai sur l'exotisme*; en él nos ofrece un panorama que incluye tanto la visión política como la crítica de estas ideas. Como sabemos, *Umheimlich* es la palabra utilizada por Sigmund Freud (1856-1939) para remitirnos a lo siniestro en la literatura. Y si bien exotismo se refiere a enfrentarse con la idea de primitivismo, está, también, vinculado con un miedo a lo primigenio, con el pánico a la diferencia, que es el encuentro de lo exótico (implicando en lo exótico un descubrimiento y una posesión). Se trata, pues, de una conquista de la mente del protagonista. La pérdida del ser es el pensamiento de lo exótico, que se da en algunos cuentos y novelas porque son el sustento que alimentan la psicología de la alteridad.

El escritor Bruno Estañol se ha dado a la tarea de integrar una antología de cuentos: *El doble, el otro, el mismo*, editada bajo el sello Cal y Arena, para compartir con los lectores el universo de la otredad a través de relatos sustanciales para la literatura occidental. La labor del también autor de *La conjetura de Euler* llama nuestra atención pues como bien apunta en su espléndido prólogo: “El doble evoca la soledad esencial del ser humano y nos advierte sobre la certeza de nuestra identidad”.

Sabemos que este autor tabasqueño es un apasionado —y con una vasta experiencia— de los procesos recónditos de la mente, y de cómo éstos se reflejan en la creatividad, como apunté en la reseña que hice, en este mismo espacio, de su libro *La mente del escritor*. También sabemos que el doctor Estañol es uno de los más reconocidos neurólogos del país y de otras latitudes. Quizá por ello esta necesidad del autor de encontrar más allá de lo inmediato en el tema del doble la idea de que en nuestro cuerpo habita un alma inmortal y que es lo que permite, según Freud, integrar la figura del doble a nuestro existir pues la identidad en el ser humano es una de las encrucijadas que no se han podido despejar. Sin duda, Bruno Estañol encuentra los ejemplos, perfectos, de este paradigma universal en este volumen.

El doble, el otro, el mismo es una antología que se torna imprescindible pues por sus páginas transitan cuentos tales como “La hija de Rapaccini” de Nathaniel Hawthorne (1804-1864). La trama se desarrolla en el jardín en donde lleva a cabo algunos experimentos científicos el doctor Rapaccini. Su bella hija Beatrice y el joven Giovanni son una suerte de peones que demuestran su teoría, sin que al doctor le importe el destino que esta pareja tendrá que padecer.

En el relato “El caso del difunto mister Elvesham” de H.G. Wells. (1866-1946), vemos cómo el autor entra, de lleno, a la complejidad de aquel otro que también pudo haber sido él.

“Markheim” de Robert Louis Stevenson (1859-1894) es un cuento que plantea la lucha entre el bien y el mal a través de la presencia de un otro que se aparece frente a Markheim después de que éste asesinó al anticuario. En el caso de “El hombre doble” de Marcel Schwob (1867-1905), el pro-

tagonista se transforma al ser acusado de un crimen.

Frank Kafka (1883-1924) en “La verdad sobre Sancho Panza” realiza una pieza corta que deja abierta la posibilidad de que el escudero sea “el otro” de don Quijote.

En “¿Él?”, del grandioso escritor Guy de Maupassant (1850-1893), su protagonista enuncia con una “escalofriante lucidez” los sentimientos de angustia que le despierta la presencia de “el otro”. Es el caso, también, de “Diario de un loco” de Nicolás Gogol (1809-1852), pues en este relato la corriente de conciencia es enunciada a través de un loco y el magnífico uso de la primera persona logra describir implacablemente el quiebre de este protagonista.

La joya de la corona de este volumen es “Incidente en el puente de Owel Creek” de Ambrose Bierce (1842-¿1914?). Se trata de un extraordinario relato en donde el autor echa mano de todos los sentidos: tanto de atmósferas como de introspección del protagonista, para dar pie a una lucidez impactante en la travesía hacia la muerte.

La antología cierra con “William Wilson” de Edgar Allan Poe (1809-1849). Con este relato, como si no fueran suficientes los demás cuentos, se sustenta de manera contundente la presencia de “el otro”, pues el protagonista es preso de una constante angustia que lo lleva a enfrentar a un doble, idéntico a él, sin prever que las consecuencias serán mortales.

El doble, el otro, el mismo es un libro que no tiene desperdicio. Un clásico, dentro de los clásicos, de la literatura universal. **U**

El doble, el otro, el mismo. Cuentos clásicos, selección, prólogo y comentarios de Bruno Estañol, Cal y Arena, México, 2012. 217 pp.

